

## **¿VIAJE O LITERATURA?**

### **(ENTREVISTA ANTICIPATORIA CON ENRIQUE VILA-MATAS)**

Por motivos pretendidamente literarios, siempre tendemos a obviar el propósito del viaje en virtud de su camino o la experiencia de realizarlo. En mi caso sucedió exactamente al contrario. El objetivo, si es que tenía uno, era viajar desde Barcelona, ciudad donde reside el escritor Enrique Vila-Matas (y desde hace casi dos años el que estas líneas suscribe) a Murcia, para conocerlo personalmente en una charla-coloquio presentada por José María Pozuelo.

Este absurdo viaje vertical tenía una parada técnica o escala en Madrid para recoger a la indómita filóloga Susana Arroyo: voz narrativa para un imprescindible contrapunto en hipotéticas entrevistas, y compañera infatigable de viajes y aventuras literarias.

Quedamos en la estación Sur de autobuses, y precisamente al sur de los párpados, mientras termino de leer *París no se acaba nunca*, encuentro la siguiente pregunta: "¿Soy conferencia o novela?". Esto se lo pregunta el narrador de la novela, ¿pero qué respondería el escritor? No pude evitar imaginarme una presumible respuesta de Enrique Vila-Matas a la cuestión de la hibridación de géneros en su literatura.

**Ahora conferencia no soy, tampoco novela.  
¿Soy entrevista? ¿O será mejor decir que soy entrevistado?**

Un empujón me saca súbitamente del ensueño. Susana se ha colado entre el barullo de la estación y me está tirando del brazo mientras acarrea nuestros dos equipajes.

—Corre, Javier, que perdemos el autobús a Murcia y no llegamos al coloquio. Deja el libro un rato y reacciona, que un par de detectives salvajes de la literatura como nosotros no sólo deben leer compulsivamente, sino vivir compulsivamente. Vida y literatura como un todo. ¿O qué crees que diría Enrique Vila-Matas sobre el tópico de que la escritura es una negación de la vida? ¿Sobre esa idea de que los escritores plasman lo que no viven?

***De la relación entre la escritura y la vida es algo de lo que comenzó a hablarse desde el mismo momento en que empezó a existir la literatura. Se habló de esto instantáneamente. Y sin embargo es una relación que no tiene ningún sentido. Piglia dice que de todos modos la escritura tiene una ventaja sobre la vida, porque en la escritura se pueden hacer borradores. Todos hemos pensado alguna vez qué hubiera pasado si nos hubiésemos acercado a esa mujer de otra manera, si hubiésemos hecho un gesto que no hicimos... Pensamos en haber vivido lo que se vivió como si fuese un borrador, algo que puede ser transformado. La escritura es el lugar donde los borradores de la vida son posibles, tal vez por eso se hace literatura.***

Ya que no se acaba nunca y sin ser reiterativos, Susana y yo volvemos al tema de París una vez situados en la cola de entrada al autobús. Entre carcajadas de camaradería, recordamos que nosotros también vivimos en la *ville de la lumière*, en una residencia de estudiantes a me-

dio camino entre una cárcel y un circo (y hablamos de una distancia física, no sólo metafórica). Huelga decir —y no por coherencia narrativa— que fue Susana quien me descubrió a Vila-Matas, al prestarme un ejemplar de *Bartleby y Compañía*. Todavía hoy me pregunto si fue un gesto desinteresado o una cariñosa puya a aquella pose mía de joven-escritor-que-no-escribe, donde en realidad era más importante mi máscara o personaje que el incoherente diario que por aquellas fechas desarrollaba.

Pienso en Vila-Matas y las máscaras, los espejos en los que se escuda el narrador de sus novelas. Recuerdo la lectura de *Impostura* o de *Extraña forma de vida* y tras este impertinente ripio —lectura, impostura— imagino cómo preguntarle, cuando lo tenga delante, hasta qué punto la ironía le permite distanciarse de esta vieja imagen; o si en el fondo, como «fingidor fingido» añora tanto aquellos años de joven escritor que por eso decidió dedicarle toda una novela.

***Me escondo detrás de muchas máscaras, tantas como libros he escrito. Pero es que, por muy paradójico que parezca, al enmascararme tanto, no he hecho más que construirme una personalidad de muy diversas caras y mucho más sólida –o mejor dicho más acoplada a la verdad– que la de alguien que, por ejemplo, es sólo una persona y dispone por tanto de una sola máscara (de la que yo pienso que siempre hay que desconfiar). Todos tenemos muchos aspectos distintos a lo largo de un solo día. Esa es una de las riquezas del ser humano. Me gusta que el poeta desesperado que hay en mí y que algunos amigos conocen en profundidad pueda convivir perfectamente, por ejemplo, con el señor corriente que soy a veces y que va al fútbol y grita como un condenado si su equipo marca un gol. Soy tanto el elegante poeta desesperado a lo lord Byron como el vulgar hincha futbolístico que come cacahuets. Soy los dos. Y muchos más, muchos más. Acúdase a uno de mis mejores libros, Una casa para***

***siempre, donde un ventrílocuo vive el drama de tener muchos muñecos, pero una sola voz –la propia– para todos ellos. He huido siempre de tener un solo registro de voz. Y creo que en lo que acabo de decir está explicada toda la tramoya de mi obra. Claro que eso que acabo de decir lo ha dicho uno de los personajes que yo soy, es decir, el que habla con vosotros ahora. Habría que preguntar a los otros, pero hoy están de vacaciones.***

—Insoportable, chico, verdaderamente insoportable —me dice Susana cuando trato de adecuar mi pasado al del escritor y parecerme a Vila-Matas como él trataba de hacer con Hemingway en *París*—. Lo tuyo era otra cosa. Lo que en Enrique Vila-Matas eran «veleidades literarias» que reescribe más tarde con ironía, en tu caso eran palpables «vanidades literarias» o directamente un burdo y gastado truco para ligar con ingenuas parisinas.

*Touché*. Posiblemente la importancia radique en el estilo (o en mi total ausencia de). ¿Hasta qué punto prevalece el estilo en su literatura sobre la anécdota o la fábula?

***Se habla de que hay un estilo inconfundiblemente vilamatiano, y yo creo que por algo será, ¿no? No hace mucho, Margarita Heredia, compiladora de Vila-Matas portátil (en editorial Candaya), dijo que yo vivía dentro de mi propia narrativa. Es posible que así sea y, si así es, no me parece mal, pues la verdad es que vivo muy cómodo con este estilo.***

Ante tal evidencia, me digo: «Sancho, el pasado siempre pesa», y decido cambiar de tema y tratar de forma un tanto inmadura de mostrarme pedante o vanamente superior. Lo cual no es sino otra manera de ajustar más los hilos de mi careta.

—Pues, ¿sabes?, en realidad *La asesina ilustrada*, ese libro que Vila-Matas dice estar escri-

biendo en París no es su primera novela, yo conseguí un ejemplar en Barcelona de *Mujer en el espejo contemplando el paisaje*, de 1973. Ya verás, cuando lo conozcamos en la charla-coloquio, no dudaré en preguntarle por qué en *París no se acaba nunca* aparenta que su segunda novela fue en realidad la primera.

***Porque una autobiografía es también una forma más de la ficción y porque quería que mi personaje no fuera siempre un calco de la realidad, que pudiera respirar a veces también como personaje literario. Pero sobre todo, si aparenté que La asesina ilustrada era mi primera novela fue por “exigencias del guión” (que dicen en el cine), es decir, porque no me iba bien, si quería ser ágil en mi libro, ponerme a contar que tres años antes había hecho el servicio militar en África y allí, en la trastienda de un sordido colmado militar, había escrito una primera novela, de tipo muy experimental... ¿Qué pintaba África en todo aquello de París?***

Tras la primera hora de viaje en autobús, ya lejos del cielo de Madrid y con cuatro horas de trayecto en nuestro distorsionado horizonte, me permito la descortesía de leer por encima del hombro de mi amiga y echarle un vistazo al libro que tiene entre sus manos: *El pacto ambiguo* de Manuel Alberca. Cuando se percata de lo que estoy haciendo, levanta una ceja.

—Es un ensayo bastante interesante sobre eso que han venido a llamar «autoficción» —dice Susana—; ya sabes, novelas que surgen de la ficcionalización de los recuerdos del escritor. A mí me parece que hoy en día muchos autores practican esta forma de escritura, supongo que por aquello de la crisis del yo, el *mentir vrai*, la mezcla de géneros y eso del posmodernismo en general. Sea como sea, es una forma de abrir nuevos caminos para la literatura. Siempre me he preguntado qué pensará Vila-Matas sobre esta forma de escritura. ¿La practicará de forma consciente? ¿Verá en ella una forma de futuro para la novela?

***Aprecio del libro de Alberca –libro irregular, repetitivo después de las líneas que dedica a mis libros- que haya sabido tener en cuenta que ya en 1992 escribía yo autoficción muy conscientemente, aunque debo confesar que en aquel entonces desconocía por completo el término autoficción. En 1992 es cuando publiqué Recuerdos inventados, libro cuyo mismo título lo dice todo. Me adelanté a muchos, que yo sepa.***

Tras otra hora de viaje y varias páginas de lectura más, vuelvo a la carga:

—Susana, ptsss, ptsss, perdona un momento. ¿Te habías dado cuenta de que E. Vila-Matas, al revés, es «Satam Alive»? ¿Da miedo no? A lo mejor él formaba parte de los 27 jurados de la literatura portátil. Es posible que Aleister Crowley esté detrás de todo esto. ¿Y si Enrique Vila-Matas no es sino uno de sus muchos alter egos? Es más, poniéndonos un tanto «conspiranoicos» podría ser que finalmente conoceremos en Murcia a Thomas Pynchon, hábilmente camuflado y disimulando el acento de su español aprendido en México bajo el influjo irónico de la palatalidad catalana. Aunque la teoría más plausible es la de Crowley, que perpetúa las vanguardias que traicionó disfrazada de mujer en la obra de Vila-Matas, camuflándose bajo su nombre y figura y escribiendo de nuevo sobre sí mismo.

—Más allá del cuento borgeano sobre el tema del traidor y del héroe —comenta Susana— quizás conviven en él dos fuerzas. Yo creo que los Odradeks de Vila-Matas, esas «criaturas u objetos sombríos, incordiantes y patéticos, que se complacen asustando a sus huéspedes y víctimas», son Marcel Duchamp y Aleister Crowley en perpetuo y unamuniano combate. No me preguntes, ni menos a él, cuál sería el traidor y cuál el héroe, porque resultaría obvio. La pregunta que le podríamos hacer, sacando el conejo de la chistera sería: ¿cómo afectan la herencia vanguardista a su literatura? ¿Qué le debe, aparte de derechos de autor, a la impresionante nó-

mina de autores, vanguardistas o no que aparece en la literatura?

***Sólo sé que el vanguardismo es una actitud innata en mí. Sin él, me habría aburrido siempre mucho.***

A mitad del camino, en una estación de servicio abandonada en la meseta manchega, decorado digno del matrimonio imposible de David Lynch y Almodóvar, me dejó invadir por el desánimo:

—¿Crees que esto merece la pena? —pregunto.

Ella, entre divertida y condescendiente, me dice que siempre podremos reescribirlo, que la ficción embellece y que en realidad, poco importa el viaje o el objetivo. Pienso luego en voz alta, como dirigiéndome a la sombra del escritor que ocupa nuestras horas de viaje: ¿cuáles son pues, aparte de la ironía y la intertextualidad, las claves de esta ficcionalización de la experiencia cotidiana?

***Preguntarse si merece la pena demuestra que él nunca lo ha visto esto demasiado claro. Imagino que abrirá los ojos al ver que digo esto de él. Ella, que lo ha oído todo, sonríe sólo de pensar que se pueden abrir los ojos, y su carcajada llega hasta el motel donde duerme David Lynch. La ficcionalización se ha puesto en marcha... Ahora los dos jurarían que todo ha merecido la pena, aunque no saben dónde está la pena penita pena ni el hotel donde ahora despierta Lynch.***

Durante las últimas dos horas de viaje y de conversación con Susana, trato de reprimir ciertos impulsos infantiles propios de una madurez no asimilada para no bombardearla con las típicas preguntas: ¿hemos llegado ya? ¿Cuánto falta? Ella, por el contrario, me pregunta por el tema de la feria de Frankfurt de 2007 sobre los

escritores catalanes, y por cómo se vivió todo aquello en Barcelona. Le digo que en el caso que nos ocupará en Murcia no lo entiendo muy bien, pues en la obra de Vila-Matas no existe ninguna referencia nacional expresa. En su narrativa los lugares se construyen como itinerarios, y forman parte de un imaginario colectivo o de una serie de referencias a partir de otros libros o de un juego metatextual. Siempre he creído que para él, la literatura es el territorio clave; lo literario como un lugar desde el que partir y al que aspirar.

Ya que Bataille decía que «la literatura es la infancia recuperada», no sé si me atrevería a plantarme delante de Vila-Matas tras la conferencia y preguntarle: ¿qué es para usted literatura? ¿Hemos llegado ya? ¿Cuánto falta?

***“Todo es literatura”, decía Marguerite Duras. No puedo a esto añadir nada más.***

El atardecer murciano por fin empieza a perfilarse por las ventanas de nuestro polvoriento y pesado autobús. Se escuchan ronquidos, irritantes sonidos de móviles y zumbidos de conversaciones. Es probable que el ruido de nuestra cháchara literaria esté impidiendo dormir a varios honrados trabajadores que mañana tengan que madrugar. Andamos enfrascados en discutir sobre el perfil de la literatura reciente. Novelones históricos con héroe e intriga, o narraciones intimistas contemporáneas sobre la vida de un ciudadano corriente: estos parecen ser los caminos más practicados de la narrativa actual. Pero no hay que rendirse tan pronto. Susana comenta que Vila-Matas apostó en el último Congreso de la Lengua de Cartagena de Indias por construir una narrativa audaz, intelectual. Pero, ¿en qué consistiría exactamente esta literatura capaz de zafarse de la repetición?

***Al ir a Cartagena me temía que los académicos allí invitados tuvieran una visión muy esclerótica de la literatura latinoamericana más reciente. Y así fue. En ese contexto hablar de innovaciones y de los libros***

**de Roberto Bolaño y sus camaradas fue una provocación. Hubo perplejidad al oír los señores académicos nombres de autores jamás escuchados (el del mismo Bolaño sin ir más lejos). Muchos no habían oído hablar nunca nada de todo eso. Habían llegado hasta García Márquez y gracias. Una señora del público –solo porque dije que García Márquez me quedaba muy lejos- me llamó “ser inhumano”. Fue divertido. Y preocupante porque en términos generales el atraso de los académicos latinoamericanos es grandioso.**

Consciente de una expectativa destinada a nunca cumplirse, el cansancio me invade y cayendo en el más triste de los t(r)ópicos me duermo en mi asiento. Allí sueño con Vila-Matas, bueno, en realidad sueño con aquel joven escritor que yo era en París y quería parecerse a él y lo primero que me dice es: «Elemento onírico, vaya cliché». Hubiera resultado más verosímil un accidente de autobús, cristales reflejando el fuego en un rojo atardecer que todo lo confunda y que Vila-Matas, quien precisamente se dirigía a Murcia en coche para dar la conferencia, tuviera que parar movido por «la fuerza de su compromiso (sic)» y fuera a rescatarnos a los dos. Tampoco hubiera resultado más creíble, pero ya sabes, por aquella época, a mí, es decir, a ti, te gustaba contar cosas. Sí, verdaderamente insoportable. Creo que le dije o me dije: «¡Metaliterario!». Pero más como un insulto infantil, inseguro sobre su significado, que por una verdadera consciencia del término.

A riesgo de una merecida respuesta hiriente, llegado el momento, si Enrique Vila-Matas nos concediera unos minutos en su red literaria, podría preguntarle, tímidamente, como una confianza entre cómplices: ¿qué es lo metaliterario?

**La intertextualidad remite a algunos críticos obtusos la metaliteratura, que es un género o práctica que en realidad no existe. Yo, al menos, siempre he tenido la impresión de hacer simplemente literatura, no metaliteratura.**

**Y suscribo de arriba a abajo todo lo que sobre este asunto opina Ricardo Piglia, por ejemplo, para quien la expresión metaliteratura, al menos como se utiliza hoy, no es nada productiva; es como hablar de metalenguaje, que tampoco sirve para analizar nada. Del mismo modo que –como dicen los lógicos- no hay metalenguaje, tampoco existe la metaliteratura. Pero todo eso de la metaliteratura ha sido y es un cliché crítico que ha servido para enfrentar lo que sería una tradición un poco más compleja de construcción de historias con una supuesta tradición minimal o directa, la de ciertos escritores que se adaptan y someten a la tentación anti-intelectual que la cultura de masas produce por su propia dinámica. Se sabe que un escritor que quiera funcionar bien en la cultura de masas debe presentarse como un hombre sencillo, como alguien que de ninguna manera pueda ser visto como un intelectual.**

**Pienso que en oposición a esta actitud anti-intelectual ha ido encontrando cada vez más lugar, en el marco de la literatura actual, una literatura que ha resistido a la tentación de presentarse como inculta y no creadora de problemas. En esta tradición están John Berger, Calvino, Claudio Magris, Borges, Sebald, Bolaño, Sergio Pitol, Coetzee. A nadie se le puede ocurrir pensar que John Berger hace metaliteratura porque escribe ensayos y ha escrito sobre pintura y porque es un hombre que en sus novelas reflexiona sobre cuestiones múltiples. Como dice Piglia: “El estructuralismo, el postestructuralismo, la metaliteratura..., todo eso no son más que absurdas fórmulas de las que los escritores no nos hacemos cargo”. En cambio, sí creo que hay un conflicto de fondo –en España concretamente un conflicto grandioso, producto de cierta incultura ancestral- que se expresa con estas fórmulas; quienes las utilizan – quienes hablan, por ejemplo, de “lo metaliterario” dándole, además, un tinte despectivo- lo hacen sólo para poder seguir haciéndose pasar por personas normales,**

***nada intelectuales, y así de paso vender tranquilamente sus horribles bodrios.***

Pero no me engaño, sí soñé con Vila-Matas. En el sueño, tras un paseo por una Barcelona de carnaval y turismo rugiente, entraba en el metro y allí estaba sentado, como Salinger en un autobús. Yo lo miraba fijamente. Sé quién eres, pensaba, pero no me salían las palabras. Había llegado el momento de silenciarse, de no escribir o de suicidarse juvenil y ejemplarmente. Pensé en luchar, ponerme a gritar como un poseso «¡Es Aleister Crowley, es escritor y es peligroso, deténganle!», mientras deseaba vanidosamente que me incluyera en algún relato corto o en la inverosímil segunda parte de *Exploradores del Abismo*, cuyo subtítulo en malas manos podría ser *Aún más profundo*.

***«Lo insondable» también podría ser un buen título.***

Pero no hice nada, mi timidez me dictó que al pasar delante de él, musitase un: «Gracias por la entrevista». A lo que Enrique Vila-Matas al no haber entendido mi leve susurro, comentó admirativo: «Bonito abrigo, joven Shandy».

Cuando Susana me despertó, todavía estaba en Murcia.

**SUSANA ARROYO**

Universidad de Alcalá de Henares

**JOSÉ JAVIER FERNÁNDEZ DÍAZ**

Universidad de Barcelona